

Se ve una luz, y de humo una columna
 A las alturas álzase espantosa;
 Era que los valientes destruían
 Las armas, y los muros derribaban
 Porque mejor quisieron desarmados
 Entregarse á los galos, que rendirse,
 Sus armas entregando al enemigo.

Al cabo de una hora, entre las sombras
 De la triste mañana discurrían
 Por las calles, en grupos, los soldados
 Que, libres ya de su misión, buscaban
 Asilo que del pérfido enemigo
 Y su barbaridad les libertara.

Luego que la orden de reunirse diera
 El General en Jefe, en el palacio,
 Filópatro y Dalmiro, y el intrépido
 Orestes, y Reinaldo, y todos, todos
 Que en una sola habitación vivían
 Por la estrechez del sitio, se reunieron
 Y así á todos Filópatro les dijo:
 "Seres del alma, se acercó la hora
 "De una separación, pero no eterna;
 "Dentro de breves horas la gloriosa
 "Ciudad de los guerreros, Puebla invicta,
 "Zaragoza inmortal, abre sus puertas
 "Al galo que vencerla no ha sabido.....!
 "Los preclaros soldados del Oriente
 "Al allanar sus muros que han podido
 "Sesenta soles conservar potentes,
 "Al abrir voluntarios unas puertas
 "Que mil quinientas horas sostuvieron
 "Al enemigo con valor cerradas,

"Y causando pavor al extranjero,
 "Ceden de humanidad á la voz santa.....!
 "Hemos probado al vencedor del mundo,
 "Que los hijos de Hidalgo y de Guerrero,
 "Defender han sabido su bandera,
 "Con gloria, y con honor y valentía,
 "Hasta que el hambre destruyó su fuerza!
 "Puebla, al rendirse con sus armas rotas,
 "A México le ha dado la victoria
 "De civilización esclarecida.
 "Dentro de breves horas los franceses,
 "Ocuparán de Puebla los alcázares;
 "Dentro de breves horas los mandatos
 "Del pérfido invasor acataremos.....!
 "Mas no importa, que el lauro inmarcesible
 "Que la alta frente de mi patria adorna,
 "Marchitarse no puede en las edades,
 "Porque invencible Puebla, ha sucumbido,
 "No por la fuerza del potente galo;
 "No por la disciplina de su ejército;
 "No porque justos sus rencores fueran;
 "No por la usurpación de sus derechos;
 "No porque en heroísmo nos supere,
 "El vencedor de la soberbia Europa.....!
 "Cedemos por el hambre y la miseria;
 "No existe un proyectil; para el soldado
 "Ya no hay una ración, y esos millares
 "De familias inermes, ya no tienen
 "Un pedazo de pan para sus hijos!
 "Vamos á la prisión: y aunque Lucila,
 "No puede hoy ante el ara del Dios santo,
 "A Dalmiro ofrecer sus juramentos,
 "Es ya su esposa, y presto en los altares
 "Ligada quedará con lazo eterno.

"Adios.....! no os afijáis, quedad tranquilos.
 "La palabra de honor cumplir debemos.....
 "Si la barbaridad civilizada
 "Del francés nos depara suerte horrible,
 "No lloréis, coronad nuestro sepulcro
 "Con mirtos, y arrayán y siempre viva,
 "Y deshojad encinas y laureles;
 "Que al fin recobrará México un día
 "Su honra ultrajada, al enseñar al mundo
 "Que á los galos también vencer sabía."
 Dijo, y ni una palabra de reclamo
 Resonó en el salón; hondos gemidos
 De gloria y de entusiasmo se lanzaron.
 Un abrazo no más, mudo, sublime,
 Fué la contestación de despedida;
 Y rápidos los héroes, enjugándose
 Una gloriosa lágrima, salieron,
 Y al palacio en silencio se volvieron.

Aun no aclaraba el límpido horizonte
 Y ya en los campamentos mexicanos,
 Y en las torres del templo, y en palacio
 Una blanca bandera tremolaba,
 Como anuncio de paz, de paz gloriosa.....!
 Mil y quinientas horas han corrido
 Desde que el invasor embriagado
 Con las glorias del mundo, y el orgullo
 De cien y cien batallas, á las puertas
 Llegó de la ciudad de Zaragoza,
 Y ni un instante de agredir dejando
 Jamás al mexicano vencer pudo.
 Pero sin pan, sin proyectiles, sólo
 Con el valor de su ánima guerrera,
 Ya no puede luchar, y al enemigo

Sin pedirle merced, su puesto entrega;
 Rompe sus armas, y de pie, sereno,
 Espera al vencedor que es el vencido;
 Porque al entrar á Puebla, encuentra sólo
 Ruinas y soldados macilentos
 Que con altiva frente le contemplan.
 El cielo de zafiro ostenta límpido
 Toda la esplendidez de la mañana,
 Y ya los Generales y los Jefes,
 Todos en el palacio congregados,
 De su grado ostentando las insignias,
 De ver al enemigo la hora aguardan.

De la límpida aurora al oír la hora
 Sale un heraldo de la heroica plaza
 A anunciar á los francos, que el azteca,
 Que desarmado está, las puertas le abre,
 E indefenso sus órdenes espera.

¡Oh, cuán grandes entonces parecían
 Los soldados del Mayo de mi patria!
 Los salones, los anchos corredores,
 El jardín, y los patios están llenos
 De héroes que en grupos por doquier discurren,
 Unos con encontradas opiniones,
 Silenciosos los más, todos atentos,
 Del heraldo esperando la llegada.
 Después de una hora los clarines suenan
 Que anuncian á los galos batallones
 Que hacia la plaza sus banderas guían.

A ese bélico son, silencio triste
 Responde la ciudad; el pueblo apenas
 Contempla con desdén al enemigo:

Y derramando silenciosas lágrimas,
 Ni un eco puede prorrumpir siquiera.
 Los galos cautelosos, en su marcha
 Doquier su vista torba dirigían.
 En tanto en los balcones, en las rejas,
 Y aun hasta en las almenas del palacio
 Los jefes todos, con serena frente,
 Contemplan del francés las prevenciones.
 El general francés cuando se acerca
 Delante de los ínclitos soldados
 Que el honor defendieron de su patria,
 Con bélico respeto los saluda.
 Y al punto, ante las guardias extranjeras,
 Se proclama la orden de la plaza,
 Saludando de Puebla á los guerreros,
 En estos y otros términos honrosos:

“Soldados aguerridos de la Francia,
 Al arbolar la tricolor bandera
 En la guerrera Puebla, por las glorias
 Que esa bandera tricolor ostenta,
 Se os recomienda que el honor más alto
 Sea vuestra norma, y que al valor heroico
 Del soldado de México invencible,
 Respetéis cual merece su constancia.
 ¡Honor á la bravura del guerrero,
 Y militar respeto á los vencidos!”

Mientras así los galos instalaban
 La posesión de la ciudad invicta,
 El General en Jefe de la Francia
 Condiciones poner quiso al azteca
 A quien vencer no supo. El mexicano
 Esa humillante pretensión rechaza

Con la alta dignidad del heroísmo.
 Y el cobarde francés, en su despecho,
 Declaró á los heroicos mexicanos
 Prisioneros del déspota de Francia.

Pasan dos días, y al tercero ordena
 El vencedor de Argel, que los guerreros
 Dejen al fin las playas de la patria!

Iba el sol en mitad de su carrera
 Cuando el clarín anuncia la partida,
 Y á los rumores que ocurrieron antes,
 La ciudad por doquiera consternaron;
 Y las familias todas acudieron
 A despedirse de sus hijos, unas,
 De sus padres las otras; de sus deudos,
 Sus amigos y amantes. Entre filas
 De argelinos tostados, y marinos
 Salieron los valientes denodados
 Con su espada ceñida, y ostentando
 En su frente el valor y la osadía.

Los gemidos, las lágrimas, la angustia
 De las familias que su pecho herían,
 Destrozaban su alma; pero llenos
 De grandeza, con voz consoladora
 Sus adioses de amor y de esperanza
 Dieron por fin á todos: y salieron
 Dejando el alma de amargura llena;
 Pero llevando con glorioso brillo,
 Los laureles patricios por corona.

FIN.

